

## **Yo era el vacío de un cuerpo vivo.**

Filete.

*El coloso*, Francisco de Goya.

Siempre he sido una persona pequeña.

No de estatura, sino de presencia. De esas que no destacan en clase, que hablan cuando les preguntan y que nunca levantan la mano si no están seguros de la respuesta. Nadie me ha ignorado a propósito, pero tampoco me han buscado nunca. Simplemente estaba ahí.

Mi vida era normal. Escuela, casa, deberes, misa. Días que se parecían unos a otros sin ser exactamente iguales, aunque siempre con la misma rutina. Pero había algo que siempre me acompañaba desde hace tiempo: la sensación de que algo enorme estaba a punto de pasarme por encima.

No sabía qué era, solo lo sentía.

A veces lo notaba en el pecho, como un peso. Otras en la cabeza, como si mis pensamientos fueran demasiado para lo que venía. Cuando me preguntaban que qué quería hacer en el futuro, me quedaba en blanco. No porque no tuviera sueños, sino porque todos me parecían ridículos. Demasiado grandes para alguien como yo. Incluso, a veces, no me imaginaba a mí mismo después de diez años, no sentía que aguantaría tanto.

Un día empecé a verlo.

No con los ojos, al menos no del todo. Era más bien una presencia. Como cuando sabes que alguien está detrás de ti sin girarte. Caminaba por la calle y sentía que algo enorme avanzaba a mi ritmo, lento pero constante. No corría. No lo necesitaba.

Al principio pensé que era ansiedad. Le pregunté a mi madre. Decía que era normal sentirse así, que el futuro daba miedo, que crecer era complicado. Cerré la conversación y seguí con mi vida.

Pero la sensación no se fue.

Al contrario, creció.

Cada vez que fallaba en algo: un examen, una conversación, una oportunidad... La presencia se hacía más fuerte. No me gritaba ni me amenazaba. Simplemente, estaba ahí, ocupándolo todo, ocupándome a mí. Y yo me sentía cada vez más pequeño.

Empecé a cambiar sin darme cuenta. Dejé de intentar cosas nuevas. Si algo me salía mal una vez, no lo volvía a intentar. Prefería decir que no me importaba antes de arriesgarme a confirmar que no era suficiente.

Mis padres decían que estaba más callado. Mis profesores, que era un buen estudiante. Yo asentía a todo, pero por dentro solo pensaba en como salir del bucle. Y en no provocar aquello que sentía encima de mí.

Una noche soñé con él.

No tenía una forma clara, pero era inmenso. Más grande que los edificios, más grande que las montañas. No me perseguía. Caminaba en otra dirección, pero cada paso suyo me hacía temblar por dentro. Yo intentaba avanzar, pero no podía. Mis piernas no respondían.

Me desperté sudando.

Desde ese día, dejé de soñar.

O eso creí.

Los días se volvieron más borrosos. A veces no recordaba qué había hecho la tarde anterior. O que había dicho en una conversación importante. Me sentía desconectado, como si estuviera observando mi vida desde lejos.

Un viernes, después de un mal día, decidí caminar sin rumbo. Necesitaba aire. Subí una colina cercana a casa, un lugar desde el que se veía toda la ciudad. Me senté en el suelo y miré las luces apagarse poco a poco.

Allí, por primera vez, lo vi con claridad.

No era una figura concreta, pero ocupaba el horizonte. No tenía rostro, pero sabía que estaba mirando hacia delante. No hacía mi. Hacia algo más allá. Me di cuenta de que no me estaba esperando.

Me estaba dejando atrás.

Sentí pánico, no a él, sino a desaparecer. A no significar nada. A quedarme tan atrás que ya no importara. Grité, aunque nadie me oyó. Me abracé las rodillas y lloré como no lo hacía desde niño. Por fin entendí que nadie vendría a salvarme, que lo tenía que hacer por mí mismo.

-No quiero ser pequeño- dije en voz alta.

El viento se llevó mis palabras.

Los días siguientes fueron peores. Empecé a evitar espejos. No me reconocía del todo. Mi reflejo parecía más apagado, más difuso. Como si yo mismo me estuviera borrando poco a poco.

Hasta que una mañana no me levanté.

No porque no sonara el despertador, sino porque no sentía mi cuerpo. No tenía sueño, ni cansancio. Simplemente... nada. Abrí los ojos y todo estaba demasiado quieto.

Me senté en la cama. La casa estaba en silencio. Llamé a mi madre. No respondió. Fui a su habitación. Vacía. Lo mismo con mi padre.

Salí a la calle.

La ciudad seguía ahí, pero algo no iba bien. La gente caminaba sin mirarme. Algunos pasaban a través de mí sin darse cuenta. Intenté tocar a alguien. Mi mano lo atravesó.

Entonces lo entendí.

No había sido el coloso el que me hacía sentir pequeño.

Había sido yo.

Yo eligiendo desaparecer poco a poco. Yo renunciando a ocupar espacio. Yo convenciéndome de que no importaba para no tener que enfrentarme al miedo de fallar. Yo renunciando a ser visto.

El coloso no era una amenaza.

Era el mundo avanzado.

Y yo me había quedado tan quieto que había dejado de existir dentro de él.

Miré mis manos, casi transparentes. No sentí tristeza. Sentí rabia. Por primera vez en mucho tiempo, algo fuerte. Algo real.

Di un paso adelante.

No cambió nada.

Di otro.

Mi mano empezó a recuperar forma.

Entendí entonces que no se trataba de vencer al coloso ni de huir de él. Se trataba de caminar. De ocupar espacio. De aceptar que ser pequeño no te protege de nada.

Seguí avanzando.

Y mientras lo hacía, el coloso no se giró.

Nunca lo hizo.

Porque nunca estuvo ahí para aplastarme.

Estuvo ahí para recordarme que el mundo no se detiene por nadie que decida desaparecer.

